



XXII

ALEGRE, rozagante, como nuevo volvió de los baños de Termasaltas el señor Arcediano don Restituto Mourelo, dispuesto á emprender otra campaña, que esperaba fuese la última y decisiva, «contra el despotismo del simoníaco y lascivo y sórdido enemigo de la Iglesia que, apoderado del ánimo del señor Obispo, tenía sojuzgada á la diócesis.» Con esta perífrasis aludía al señor Provisor el diplomático Gloucester.

El primer disgustillo que tuvo De Pas aquel verano fué esta noticia, que le dieron en el coro, por la mañana.

«Ha llegado Gloucester.»

«No le temía; ni á él ni á nadie... ¡pero estaba tan cansado de luchar y aborrecer!»

Mourelo se encontró con otros muchos murmuradores de refresco y con los *de depósito* que no estaban menos ganosos de romper el fuego contra el común

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

enemigo. Todos ardían en el santo entusiasmo de la maledicencia. Los que venían de las aldeas y pueblos de pesca, traían hambre de cuentos y chismes; la soledad del campo les había abierto el apetito de la murmuración; por aquellas montañas y valles de la provincia, ¿de quién se iba á maldecir? «¡Su Vetusta querida! Oh, no hay como los centros de civilización para despellejar cómodamente al prójimo. En los pueblos se habla mal del médico, del boticario, del cura, del alcalde; pero ellos, los vetustenses, los de la capital ¿cómo han de contentarse con tan miserable comidilla?» ¡*Cives romanus sum!* decía Mourelo: «Quiero murmuración digna de mí. Aplastemos, con la lengua, al coloso, no al médico de Termasaltas por ejemplo.»

Y Foja y los demás que se habían quedado, también ansiaban la vuelta de los ausentes, para contarles las novedades y comentarlas todos juntos. La animación de Vetusta renacía en cabildo, cofradías, casino, calles y paseos cuando los del veraneo empezaban á aparecer. Las amistades falsas, gastadas hasta hacerse insopordables durante el común aburrimento de un invierno sin fin, ahora se renovaban; los que volvían encontraban gracia y talento en los que habían quedado y vice-versa; todos reían los chistes y las picardías de todos. Poco á poco los círculos de la murmuración se animaban, la calumnia encendía los hornos, y los últimos que llegaban, los rezagados, encontraban aquello hecho una gloria. «¡Qué ocurrencias, qué fina malicia, qué perspicacia! ¡Oh, el ingenio vetustense!»

El Magistral fué aquel año la víctima de las dionisiacas de la injuria: no se hablaba mas que de él.

«Don Santos Barinaga, el rival mercantil de *La Cruz Roja*, la víctima del monopolio ilegal y escandaloso de doña Paula y su hijo; el pobre don Santos, se moría sin remedio, según don Robustiano Somoza, el médico de la aristocracia cuyas ideas no eran sospechosas.»

—¿Y de qué dirán Vds. que se muere?—preguntaba Foja en un corrillo, delante de la catedral, al salir de misa de doce.

—Se morirá de borracho—contestaba Ripamilán.

—No señor, ¡se muere de hambre!...

—Se muere de aguardiente.

—¡De hambre!...

Y llegaba don Robustiano al corro y *hablaba la ciencia*:

—Yo no acuso á nadie, la ciencia no acusa á nadie; otra es su misión. Yo no niego que el alcoholismo crónico tenga parte en la enfermedad de Barinaga, pero sus efectos, sin duda, hubieran podido *cohonestarse* (así decía) con una buena alimentación. Además, hoy día el pobre don Santos ya no tiene dinero ni para emborracharse, ya no puede beber de pura miseria... Y aunque Vds. no comprendan esto, la ciencia declara que la privación del alcohol precipita la muerte de ese hombre, enfermo por abuso del alcohol...

—¿Cómo es eso, hombre?—preguntaba el Arcipreste.

—Á ver explíquese Vd.—decía Foja.

Don Robustiano sonreía; movía la cabeza con gesto de compasión y se dignaba explicar aquello. «Don Santos, aunque se pasmasen aquellos señores, á pesar de morir envenenado por el alcohol, necesitaba más alcohol para *tirar* algunos meses más. Sin el aguardiente, que le mataba, se moriría más pronto.»

—Pero don Robustiano, ¿cómo puede ser eso?

—Señor Foja, ahí verá Vd. ¿Conoce Vd. á Todd?

—¿Á quién?

—Á Todd.

—No señor.

—Pues no hable Vd. ¿Sabe Vd. lo que es el poder hipotérmico del alcohol? Tampoco; pues cálese Vd. ¿Sabe Vd. con qué se come el poder diaforético del

C. XVI. Santos Barinaga

citado alcohol? Tampoco; pues sonsoniche. ¿Niega usted la acción hemostática del alcohol reconocida por Campbell y Chevière? Hará Vd. mal en negarla; se entiende, si se trata del uso interno. De modo que no sabe Vd. una palabra...

—Pues por eso pregunto... Pero oiga Vd., señor mío, por mucho que Vd. sepa y diga lo que quiera el señor Todd; ni la ciencia, ni santa ciencia, tienen derecho para calumniar á don Santos Barinaga; harto tiene el pobre con morir de hambre y de disgustos, sin que Vd. por haber leído, sabe Dios dónde y con cuánta prisa, un articulillo acerca del aguardiente, digámoslo así, se crea autorizado para insultar á mi buen amigo y llamarle borrachón en términos técnicos.

—Poco á poco—gritó Ripamilán—en eso estoy yo conforme con la ciencia y con el señor Somoza su legítimo representante. No sé si un clavo saca otro clavo en medicina, ni si la mancha de la borrachera con otra verde se quita, pero don Santos es un tonel en persona y tiene más espíritu de vino en el cuerpo que sangre en las venas; es una mecha empapada en alcohol... prenda Vd. fuego y verá...

—Yo, señor Ripamilán, para confundir á este progresista trasnochado no necesito que me ayude la Iglesia; me sobra y me basta con la ciencia que es, en definitiva, mi religión.

Y volviéndose á Foja añadía el médico:

—Oiga Vd., señor decurión retirado, ¿conoce Vd. la acción del alcohol en las flegmasias de los bebedores? No mienta Vd., porque no la conoce.

—¡Váyase Vd. á paseo, señor Fraigerundio de hospital! ¡El embustero será Vd.! ¡Pues hombre! bonita manía saca el señor doctor; hacérsenos el sabio ahora. Á la vejez viruelas.

—Menos insultos y más hechos.

—Menos botarga y más sentido común...

—Caballero miliciano, yo soy el hombre de ciencia y Vd. es un doceañista en conserva... Chomel admíte, y con él todo el que tenga dos dedos de frente, que en las enfermedades de los borrachos es imprescindible la administración de los espirituosos...

—¡Pero si yo niego la menor, so alcornoque!

—En medicina no hay mayores ni menores, ni judías, ni contrajudías, señor tahur.

—La menor es que sea borracho Barinaga...

—De modo que si Vd. me niega los... prodromos del mal...

Don Robustiano se puso colorado al pensar que había dicho un disparate.

—Qué hipódromos ni qué hipopótamos; yo desfiendo á un ausente...

—En fin, una palabra para concluir: ¿niega Vd. que si á un borracho se le priva por completo del alcohol, es lo más fácil que se presente un decaimiento alarmante, un verdadero colapso?...

—Mire Vd., señor pedantón, si sigue Vd. rompiéndome el tímpano con esas palabrotas, le cito yo á usted cincuenta mil versos y sentencias en latín y le dejo bizco; y sino oiga Vd.:

Ordine confectu, quisque libellus habet:
quis, quid, coram quo, quo jure petatur et á quo.
Cultus disparitas, vis, ordo, ligamen, honestas...

Ripamilán se retorció de risa. Somoza, furioso, gritaba; y se oía: colapso... flegmasia... cardiopatía... y el ex-alcalde, sin atender, continuaba mezclando latines:

Masculino es fustis, axis
turris, caulis, sanguis collis...
piscis, vermis, callis follis.

BIBLIOTECA DE LA REGENTA

El médico y el prestamista estuvieron á punto de venir á las manos. No se pudo averiguar de qué se moría don Santos, pero á la media hora se corría por Vetusta que, por culpa del Provisor, se habían pegado y desafiado Foja y Somoza, y no se sabía si el mismo Ripamilán había recogido alguna bofetada.

Por algunos días vino á eclipsar al valetudinario Barinaga, que, en efecto, se consumía en la miseria, un suceso de gravedad suma, según Gloucester y Foja y bandos respectivos: «La hija de Carraspique, sor Teresa, agonizaba en el *inmundo asilo* de las Salesas, en la celda que era, según Somoza, un *inodoro*, por no decir todo lo contrario.»

Y dicho y hecho. Rosa Carraspique en el mundo, sor Teresa en el convento, murió de una tuberculosis, según Somoza, de una tisis caseosa, según el médico de las monjas, que era dualista en materia de tisis.

Pero lo que no dudó ningún enemigo del Provisor, fué que la culpa de aquella muerte la tenía don Fermín, fuese lo que quiera de los pulmones de la chica.

Doña Paula y don Alvaro llegaron á Vetusta el mismo día, aquel en que *voló al cielo un ángel más*, en opinión de Trifoncito Cármenes, que seguía siendo romántico, contra los consejos de don Cayetano.

Un periódico liberal del pueblo, *El Alerta*, publicaba una tras otra estas dos gacetillas, que pusieron á don Fermín de un humor endiablado.

«*Bien venido*.—De vuelta de su excursión veraniega ha llegado á esta capital el ilustre caudillo del partido liberal dinástico de Vetusta, el Ilmo. Sr. D. Alvaro Mesía. Dicen los numerosos amigos que han acudido á visitar á nuestro distinguido correligionario, que viene dispuesto á proseguir su campaña de propaganda sensatamente liberal, así en el orden político, como en el moral y canónico y religioso. Cuente con nuestro humilde apoyo para vencer los obstáculos tradiciona-

les que aquí opone al verdadero progreso un despotismo teocrático de que está ya todo Vetusta hasta los pelos, como se dice vulgarmente.»

«*En paz descanse*.—Ha fallecido en su celda del convento de las Salesas la señorita doña Rosa Carraspique y Somoza, hija del conocido capitalista ultramontano don Francisco de Asís, monja profesa con el nombre de sor Teresa. Mucho tendríamos que decir si quisiéramos hacernos eco de todos los comentarios á que ha dado lugar esta desgracia inopinada. Sólo diremos que, en concepto de los facultativos más acreditados, no ha sido extraña á la pérdida que lamentamos la falta de condiciones higiénicas del edificio miserable que habitan las Salesas. Pero además, se nos ocurre preguntar: ¿Es muy higiénico que *ciertos roedores* se introduzcan en el seno del hogar para ir minando poco á poco y con influencia deletérea y *pseudo-religiosa*, la paz de las familias, la tranquilidad de las conciencias?»

»Si todos los elementos liberales, sin exageraciones, de nuestra culta capital no aunan sus esfuerzos para combatir al poderoso tirano hierocrático que nos oprime, pronto seremos todos víctimas del fanatismo más torpe y descarado.—R. I. P.»

Ripamilán, con mal acuerdo, y sin que lo supiera el Magistral, se decidió á tomar la pluma y publicar en el *Lábaro* un articulejo, sin firma, defendiendo á su amigo, á las Salesas, y á la gramática, maltratada por el periódico progresista, según el canónigo. «Aparte, decía entre otras cosas, de que no sabemos si la monja profesa es el señor Carraspique ó su hija, ¿quiere decirme el periodista cascaciruelas, etc., etc...?»

Aquel cascaciruelas delató al Arcipreste; era su estilo humorístico: lo conocieron todos.

En Vetusta los insultos y murmuraciones en letras de molde llamaban mucho la atención. En vano publicaba Cármenes odas y elegías, nadie las leía; pero la

C. J. M. S. A. S. O. M. O. Z. A.

gacetilla más insignificante que pudiera molestar un poco á cualquier vecino, era leída, comentada días y días; y cuando había tiroteo de sueltos ó comunicados, los *habituales abonados* no querían mejor diversión.

Por todo lo cual fué mayor el escándalo, y no se habló en mucho tiempo más que de la *influencia deletérea* del Magistral y de la muerte de sor Teresa.

—Sobre su conciencia tiene esa desgracia.

—Es un vampiro espiritual, que chupa la sangre de nuestras hijas.

—Esto es una especie de contribución de sangre que pagamos al fanatismo.

—Esto es una especie de tributo de las cien doncellas.

El Magistral hubiera querido poder despreciar tantos disparates, tales absurdos, pero á su pesar le irritaban. Creyó al principio que «su pasión noble, sublime, le levantaría cien codos sobre todas aquellas miserias, pero el oleaje de la falsa indignación pública salpicaba su alma, llegaba tan arriba como su deliquio sin nombre; y la ira le borraba del cerebro muchas veces las más puras ideas, las impresiones más dulces y risueñas. Se ponía loco de cólera, y más y más le irritaba el no poder dominar sus arrebatos. Además, el mal era cierto; no por ser desatinada la acusación de los necios era menos poderosa y temible. Notaba el Magistral que su poder se tambaleaba, que el esfuerzo de tantos y tantos miserables servía para minarle el terreno... En muchas casas empezaba á notar cierta reserva; dejaron de confesar con él algunas señoras de liberales, y el mismo Fortunato, el obispo, á quien tenía De Pas en un puño, se atrevía á mirarle con ojos fríos y llenos de preguntas que entraban por las pupilas del Magistral como puntas de acero.

Volvió la época del paseo en el Espolón, y don Fer-

mín al pasear allí su humilde arrogancia, su hermosa figura de buen mozo místico, observaba que ya no era aquello una marcha triunfal, un camino de gloria; en los saludos, en las miradas, en los cuchicheos que dejaba detrás de sí, como una estela, hasta en la manera de dejarle libre el paso los transeúntes, notaba asperezas, espinas, una sorda enemistad general, algo como el miedo que está próximo á tener sus peculiaridades valentías insolentes.

Y en casa, doña Paula ceñuda, silenciosa, desconfiada, preparándose para una tormenta, recogiendo velas, es decir, dinero, realizando cuánto podía, cobrando deudas, con fiebre de deshacerse de los géneros de la *Cruz Roja*. «No parecía sino que se preparaba una liquidación. ¿Á qué venía aquello?» Doña Paula no daba explicaciones. «Sabía á qué atenerse: su hijo, su Fermo, estaba perdido; aquella *pájara*, aquella Regenta, santurrona en pecado mortal, le tenía ciego, loco; ¡sabía Dios lo que pasaría en aquel caserón de los Ozores! ¡Qué escándalo! Todo se lo iba á llevar la trampa. Había que prepararse. Oh, podrían arrojarla de Vetusta, pero ella no se iría sin llevarse medio pueblo entre los dientes.» Por eso mordía con aquel furor que asustaba á su hijo.

Fermo, el *señorito*, pensaba á solas, en su despacho de Fausto eclesiástico: «¡Solo, estoy solo, ni mi madre me consuela! ¿Qué he de hacer? Entregarme con toda el alma á esta pasión noble, fuerte... ¡Ana, Ana y nada más en el mundo! Ella también está sola, ella también me necesita... Los dos juntos bastamos para vencer á todos estos necios y malvados.»

Pálido, casi amarillo, agitado, muy nervioso, llegaba De Pas al lado de su amiga mística, cada vez más hermosa, de nuevo fresca y rozagante, de formas llenas, fuertes y armoniosas. La dulzura parecía una aureola de Anita. La salud había vuelto, purificada con cierta

C. V. M. S. O. T. O. S. V. E. L. A. S.

unción de idealidad, al cuerpo de arrogante transtiberina de aquel modelo de *madona*.

Don Víctor Quintanar se había restituido á su amistad íntima con don Álvaro Mesía, en cuanto regresó éste de Palomares, y al poco tiempo notó el Magistral que el converso se le rebelaba. Si bien seguía creyéndose profundamente piadoso, don Víctor hacía distinciones sospechosas entre la religión y el clero, entre el catolicismo y el ultramontanismo. «Yo soy tan católico como el primero,» ésta era su frase cada vez que decía alguna herejía ó algo parecido; pero se metía á interpretar á su modo los textos del Antiguo y Nuevo Testamento y hasta se atrevía á decir delante de curas y señoras, que el hombre virtuoso es siempre un sacerdote, y que un bosque secular es el templo más propio de la religión pura, y que Jesucristo había sido liberal, con otros disparates. No era esto lo peor, sino que la Regenta y don Fermín notaban en Quintanar cierta frialdad cada vez que los veía juntos y el Magistral tuvo que fingirse distraído ante algunos desaires disimulados.

Don Álvaro no iba á casa de los Ozores sino muy de tarde en tarde y sólo hacía visitas de cumplido, muy breves. ¿Por qué así? preguntaba don Víctor. Y con medias palabras, su amigo le daba á entender que la Regenta le recibía con mala voluntad y que á él no le gustaba estorbar. Además, no era él solo el que se retraía. El mismo Paco, el Marquesito, que en otro tiempo no hacía más que entrar y salir, ahora apenas parecía por aquella casa. Visitación también iba de tarde en tarde, la Marquesa casi nunca, y así de todos los amigos y amigas; el Magistral y sólo el Magistral. Aquel buen señor «hacía el vacío» en derredor de la Regenta. Ella estaba contenta, no parecía echar de menos á nadie; pero él, don Víctor, no era de la misma opinión; quería trato, conversación, amena compañía.

Seguía confesando y comulgando cada dos meses, pero *Kempis* seguía cubierto de polvo entre libros profanos; conservaba el miedo al infierno Quintanar, «pero no quería prescindir por completo de las ventajas positivas que le ofrecía su breve existencia sobre el haz de la tierra.» «Y sobre todo, no quería que el fanatismo se enseñorease de su casa.» Los consejos que para excitarlo le daba Mesía, allá en el Casino, los tomaba muy en cuenta don Víctor, y siempre se estaba preparando para ponerlos por obra, pero no se atrevía. No llegaba á más su audacia que á poner un gesto de vinagre de cuando en cuando, muy de tarde en tarde, al enemigo, al Magistral; pero como éste fingía no comprender aquellas indirectas mímicas, no se adelantaba nada.

Don Víctor llegó á reconocer, pero sin confesarlo á nadie, que él era menos enérgico de lo que había creído; «no, no tenía fuerza para oponerse al *jesuitismo* que había invadido su hogar.» ¡Oh, por algo él vacilaba antes de consentir á De Pas apoderarse del ánimo de su esposa! Sí... al fin había sido jesuita...» Quintanar acabó por comparar el poder del Provisor en el caserón de los Ozores, con el que tuvieron los jesuitas en el Paraguay. «Sí, mi casa es otro Paraguay.» Y cada día se encontraba más incapaz de oponerse á la *perniciosa influencia*. No sabía más que poner mala cara y parar poco en casa.

Con esto sólo consiguió que la Regenta y el Magistral conviniesen en verse más á menudo fuera del caserón y menos veces en él. «Mejor era hablarse en casa de doña Petronila. ¿Para qué molestar al pobre don Víctor? Ya que amistades nocivas le apartaban otra vez del buen camino y le envenenaban el alma con insinuaciones malévolas, con sospechas torpes é impías, más valía dejarle en paz, apartar de su vista el espectáculo inocente, mas para él poco agradable,

de dos almas hermanas que viven unidas, con lazo fuerte, en la piedad y el idealismo más poético.»

En casa de doña Petronila, en el salón de balcones discretamente entornados, de alfombra de fieltro gris, era donde pasaban horas y horas los dos amigos del alma, hablando de intereses espirituales, como decía el gran Constantino, sin más testigo que el gato blanco, cada vez más gordo, que iba y venía sin ruido, y se frotaba el lomo contra las faldas de la Regenta y el manteo del Magistral, cada día más familiarmente.

Anita notaba en don Fermín una palidez interesante, grandes cercos amoratados junto á los ojos, y una fatiga en la voz y en el aliento que la ponía en cuidado.

Le suplicaba que se cuidase, se lo pedía con voz de madre cariñosa que ruega al hijo de sus entrañas que tome una medicina. Él respondía sonriendo, echando fuego por los ojos, «que no tenía nada, que era aprensión, que no había que pensar en su cuerpo miserable.»

Algunos días había en sus diálogos pausas embarazosas; el silencio se prolongaba molestándoles como un hablador importuno.

Los dos guardaban un secreto. Cuando creían conocerse uno á otro hasta el último rincón del alma, estaba pensando cada cual en la mala acción que cometía callando lo que callaba.

El Magistral padecía mucho siempre que Ana le hablaba de la salud que él perdía. «¡Si ella supiera!»

Resuelto á que su amistad «con aquel ángel hermoso» no acabase de mala manera, en una aventura de grosero materialismo llena de remordimientos y dejos repugnantes; seguro de que aquella mujer ponía en aquel lazo piadoso toda la sinceridad de un alma pura, y que degradarla, caso de que se pudiera, sería hacerle perder su mayor encanto; el Magistral que vivía ya nada más de esta refinada pasión que según

él no tenía nombre, luchaba con tentaciones formidables, y sólo conseguía contrarrestar las rebeliones súbitas y furiosas de la carne con armisticios vergonzosos que le parecían una especie de infidelidad. En vano pensaba: ¿qué le importa á mi doña Ana que mi corpanchón de cazador montañés viva como quiera cuando me aparto de ella? Nada de mi cuerpo me pide ella; el alma es toda suya, y nada del alma pongo al saciar, lejos de su presencia, apetitos que ella misma sin saberlo excita; en vano pensaba esto, porque agudos remordimientos le pinchaban cada vez que Ana, solícita, dulce y sonriente le pedía con las manos en cruz que se cuidara, que no entregase todas sus horas al trabajo y á la penitencia. «¿Qué sería de ella sin él?»

«—Figurémonos que Vd. se me muere; ¿qué va á ser de mí?»

«Es horroroso, es horroroso, pensaba el Magistral, pasar plaza de santo á sus ojos, y ser un pobre cuerpo de barro que vive como el barro ha de vivir. Engañar á los demás no me duele; ¡pero á ella! Y no hay más remedio.» Quería que le consolase el reflexionar que *por ella* era todo aquello, que por ella había él vuelto á sentir con vigor las pasiones de la juventud que creyera muertas, y que por ella, por respetar su pureza, se encenagaba él en antiguos charcos; pero esta idea no le consolaba, no apagaba el remordimiento.

Algunas semanas pasaba Teresina triste, temerosa de haber perdido su dominio sobre el *señorito*; entonces era cuando el Magistral vivía al lado de Ana libre de congojas, tranquilo en su conciencia; pero poco á poco el tormento de la tentación reaparecía; sus ataques eran más terribles, sobre todo más peligrosos, que los del remordimiento; la castidad de Ana, su inocencia de mujer virtuosa, su piedad sincera, la fe con que creía en aquella amistad espiritual, sin mez-

cla de pecado, eran incentivo para la pasión de don Fermín y hacían mayor el peligro; porque ella que no temía nada malo, vivía descuidada sin ver que su confianza, su cariñosa solicitud, aquella dulce intimidad, todo lo que decía y hacía era leña que echaba en una hoguera. Y volvía De Pas, para evitar mayores males, á sus precauciones, que eran el contento de Teresina, lo que ella creía con orgullo su victoria.

Ana también tenía su secreto. Su piedad era sincera, su deseo de salvarse firme, su propósito de ascender de morada en morada, como decía la santa de Ávila, serio; pero la tentación cada día más formidable. Cuanto más horroroso le parecía el pecado de pensar en don Alvaro, más placer encontraba en él. Ya no dudaba que aquel hombre representaba para ella la perdición, pero tampoco que estaba enamorada de él cuánto en ella había de mundano, carnal, frágil y perecedero. Ya no se hubiera atrevido, como en otro tiempo, á mirarle cara á cara, á verle á su lado horas y horas, á probarle que su presencia la dejaba impasible: no, ahora huir de él, de su sombra, de su recuerdo; era el demonio, era el poderoso enemigo de Jesús. No había más remedio que huir de él; esto era humildad, lo de antes orgullo loco. A la gracia y sólo á la gracia debía el vivir pura todavía; abandonada á sí misma, Ana se confesaba que sucumbiría; si el Señor aflojara la mano un momento, don Alvaro podría extender la suya y tomar su presa. Por todo lo cual no quería ni verle. Pero, sin querer, pensaba en él. Desechaba aquellos pensamientos con todas sus fuerzas, pero volvían. ¡Qué horrible remordimiento! ¿Qué pensaría Jesús? y también ¿qué pensaría el Magistral... si lo supiera? Á la Regenta le repugnaba, como una villanía, como una bajeza aquella predilección con que sus sentidos se recreaban en el recuerdo de Mesía apenas se les dejaba suelta la rienda un momento. ¿Por qué Mesía? El

remordimiento que la infidelidad á Jesús despertaba en ella, era de terror, de tristeza profunda, pero se envolvía en una vaguedad ideal que lo atenuaba; el remordimiento de su infidelidad al amigo del alma, al hermano mayor, á don Fermín era punzante, era el que traía aquel asco de sí misma, el tormento incomparable de tener que despreciarse. Además, Anita no se atrevía á confesar aquello con el Magistral. Hubiera sido hacerle mucho daño, destrozar el encanto de sus relaciones de pura idealidad. Volvía á valerse de sofismas para callar en la confesión aquella flaqueza: «ella no quería» en cuanto mandaba en su pensamiento, lo apartaba de las imágenes pecaminosas; huía de don Alvaro, no pecaba voluntariamente. ¿Habría pecado involuntario? De esto habló un día con el Magistral, sin decirle que la consulta le importaba por ella misma. Don Fermín contestó que la cuestión era compleja... y le citó autores. Entre ellos recordó Ana que estaba Pascal en sus *Provinciales*; ella tenía aquel libro, lo leyó... y creyó volverse loca. «Oh, el ser bueno era además cuestión de talento. Tantos distingos, tantas sutilezas la aturdían.» Pero siguió callando el tormento de la tentación. Arma poderosa para combatirla fué la ardiente caridad con que la Regenta se consagró á defender y consolar á De Pas cuando sus enemigos desataron contra él los huracanes de la injuria, que Ana creía de todo en todo calumniosa.

La idea de sacrificarse por salvar á aquel hombre á quien debía la redención de su espíritu, se apoderó de la devota. Fué como una pasión poderosa, de las que avasallan, y Ana la acogió con placer, porque así alimentaba el hambre de amor que sentía, de amor que tuviese objeto sensible, algo finito, una criatura. «Sí, sí, pensaba, yo combatiré la inclinación al mal, enamorándome de este bien, de este sacrificio, de esta

Copia de la Regenta